

BEATA INES DE BENIGANIM



BEATA INES DE BENIGANIM

P. Rafael M.^a López Melús
O.C.D.

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7693-120-4

Depósito Legal: B-8024-1991

Printed in Spain

Impreso en España por G.M.S. Ibérica, S.A.
c/. Poblet, 19-21, entlo. 5.^a - 08028 Barcelona



¡OH JESUS, TE AMO MAS QUE A MI VIDA!

Así repetía una y muchas veces la niña, la religiosa lega, la religiosa de coro y la santa, nuestra Beata Inés de Benigánim, pues todo eso fue ella.

Nació el 9 de febrero de 1625. Sus padres se llamaron Luis Albiñana y Vicenta Gomar, muy cristianos y sencillos hijos del pueblecito llamado Benigánim, perteneciente a la región valenciana.

Nació gemela de un hermanito –Agustín– que murió a los pocos días de nacer. Como entonces era costumbre, la bautizaron el mismo día de nacer y le impusieron los nombres de Josefa Teresa. Quizá el segundo porque hacía tres años que había sido canonizada, con grandes fiestas en toda España, Santa Teresa de Jesús, la carmelita de Avila.

Siendo todavía muy niña perdió a su padre. La pobreza de su hogar todavía fue mayor y por ello un tío suyo se llevó a ella y a su hermanita María a vivir en su casa.

Siendo todavía muy niña –tendría doce o catorce años– tendiendo la ropa que había lavado, se le apareció Jesucristo, radiante de luz, y le dijo:

–«Inés, ¿me quieres por Esposo tuyo?»

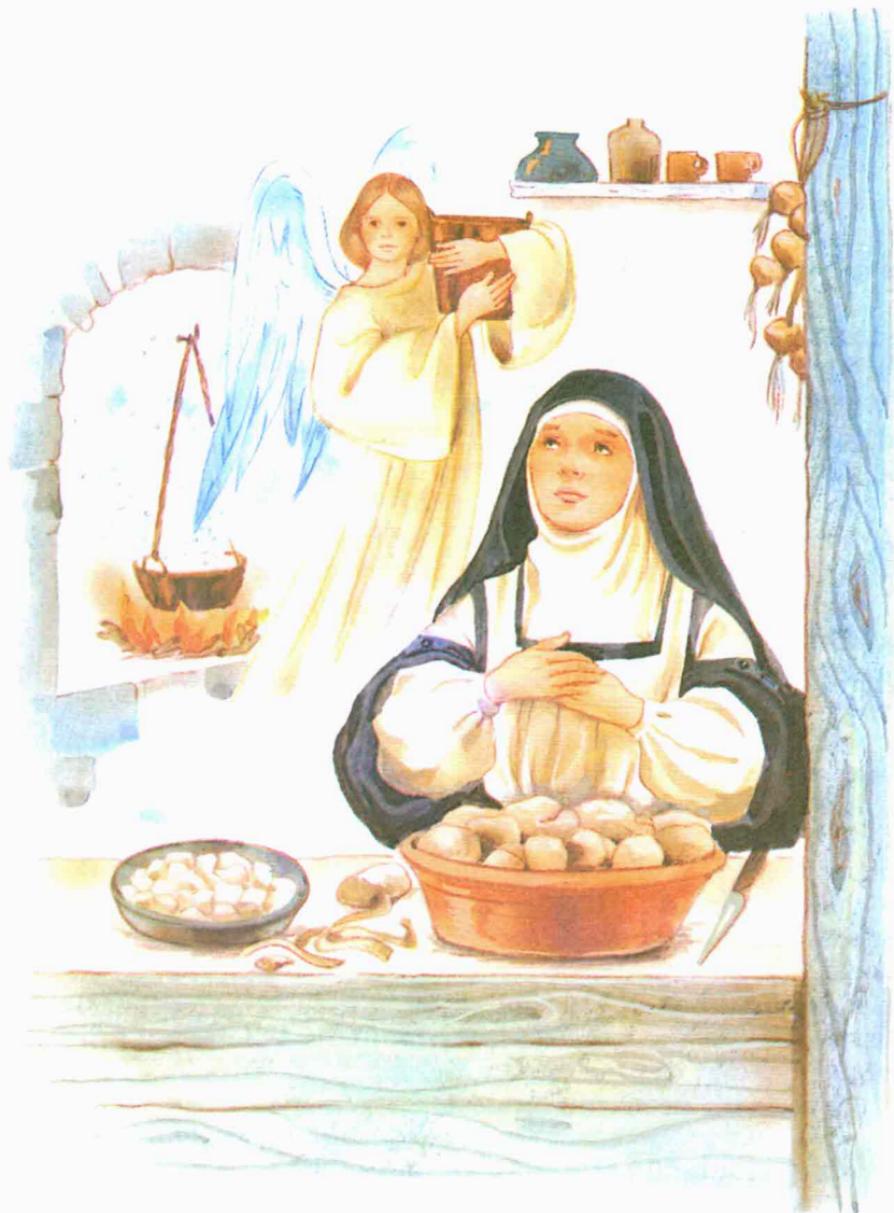
–«Sí, Señor, os quiero por Esposo y no quiero a ningún hombre de la tierra.»

Cuando pasen los años, recordará, con gran alegría aquella primera aparición del *Nazareno de la O*, como le gustaba llamarle.

No fueron todo regalos los que recibió Josefa Teresa en aquella casa de su tío. Este tenía un carácter violento e iracundo y le hizo sufrir bastante. Asimismo fue probada su virtud angelical por uno de los criados de su tío, pero al que rechazó con energía ella dándole una fuerte bofetada y gritando mientras huía:

–«Soy virgen, no me toques.»

Esta joven, que aparentemente gozaba de pocas luces o picardías del mundo, que era toda ingenuidad y sencillez, oraba ya, aún antes de ingresar en el convento:



ENTRE LOS PUCHEROS ANDA EL SEÑOR

Dicen que esta frasecita repetía una y mil veces la gran santa y sabia Teresa de Jesús a sus hijas las carmelitas de Avila para animarles a hacer todo, hasta lo más humilde, sin perder la presencia de Dios y como si se tratara de las obras de mayor renombre, ya que para los que aman a Dios nada hay insignificante.

Ignoramos si nuestra querida Beata Inés conocía o no esta frase de la gran doctora, pero lo cierto es que difícilmente se encontrará ningún otro santo que en medio de los trabajos más humildes haya vivido tan endiosado como ella. Parece como si estas palabras hubieran sido dichas pensando en ella.

Con mucha frecuencia acudían los Angeles a hacerle compañía y hacían sus trabajos mientras ella se entregaba a la oración y unión con el Señor.

Era frecuente este cuadro: Mientras la Comunidad estaba en oración o retirada en el trabajo, los ángeles acudían a la cocina y cargaban con los grandes cántaros de cobre —de los que todavía se conserva uno— y llenaban de agua, que traían del pozo, todas las vasijas de la cocina... Alguna vez les decía con cariño ella:

—«Ea, angelitos, no hagais ruido, porque las Madres están descansando y luego me regañan a mí.»

No era raro que las mismas monjas vieran caminar solos los cántaros por el claustro camino del pozo o de la cocina...

Un día Madre Piora entró al comedor, y le dijo:

—«Inés, pero, ¿no ves que ya es hora de comer la Comunidad y no hay nada preparado y ni siquiera hay fuego en el fogón?»

—Madre, no se preocupe, los ángeles quieren hoy hacernos la comida: «Dos están cocinando; dos trayendo el agua; dos barriendo el refectorio.. y dos ya preparando todo lo necesario...»

—Pero, ¿cómo puede ser eso?

—«Venga, Madre, y verá cómo todo está a punto...»

Y así era...



«PISOTEO SU CABEZA Y... SALIO CON LA SUYA»

Una jovencita así, que ya se ha desposado con Jesucristo, que nada le importan las cosas del mundo, que lleva una vida de total entrega a los trabajos más humildes y a la oración... a nadie extrañó que pensase ser religiosa.

Un día se atrevió a decirlo a su tío –que aunque era buen cristiano, no quería perderse la eficaz ayuda de su sobrina– y el no le puso resistencia pero se apresuró a decirle:

–«Está bien, te irás al convento y a los pocos días te volveremos a tener en casa porque tú no vales para el convento...»

Josefa-Teresa se sintió gozosa al ver que no se le oponían y empezó a deliberar... para sus adentros:

–«Veo claramente que el Señor me llama al estado religioso. Quiero locamente consagrarme a El para toda la vida... pero aquí está el problema... ¿dónde me querra el Señor?»

Conocía bien a las Madres Agustinas Descalzas que había fundado en su mismo pueblecito el Patriarca de Valencia San Juan de Ribera y... fue al convento a pedir ser admitida entre ellas.

–«Madres, les dijo, ¿me quieren para ser religiosa?. Ya saben que soy pobrecita y que no puedo aportar nada pero sí que puedo servirles a todas y ser como la última de todas pues tengo muy buena salud.»

Las monjas Agustinas deliberaron la petición. Sabían que en el pueblo gozaba de fama de cortedad, un tanto zafia y muy ignorante... Esto les obligaba a resistirse. Por otra parte veían, hablando con ella, que aunque de las cosas del mundo era una perfecta ignorante pero que estaba muy instruida en las cosas de Dios...

Iban dándole largas... Ella acudía una y muchas veces suplicado con gran insistencia ser admitida para siempre... Por fin vio satisfechos sus deseos...



«TODA PARA TODAS»

La frase tan conocida de San Pablo de «hacerse todo para todos para ganarlos a todos para Cristo» se puede aplicar muy bien a nuestra Beata Josefa de Santa Inés.

Desde que abrazó la vida religiosa como Hermana de Obediencia se puso al servicio de todas las Hermanas de la Comunidad y a todas sin distinción quería servir.

La reina de las virtudes, como se llama a la caridad, fue quizá una de las que más ejercitó durante toda su vida religiosa. Una compañera que durante treinta años estuvo a su lado depuso en el Proceso de su Beatificación:

—«La venerable Sor Josefa se empleó en un continuo ejercicio de caridad con sus prójimos, a quienes amaba entrañablemente en Dios y para Dios, consolando a cuantos la comunicaban en sus trabajos y aflicciones espirituales y corporales.»

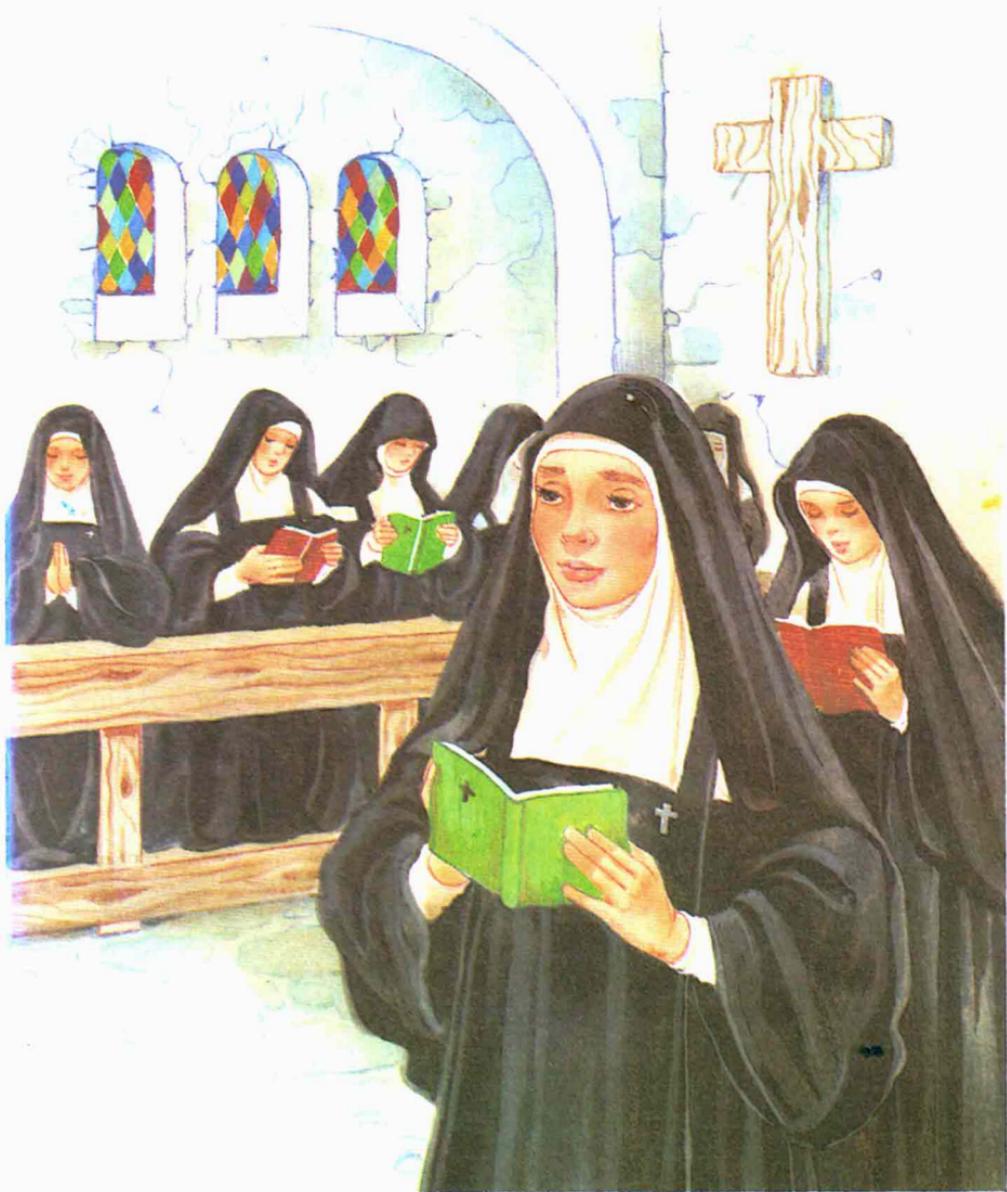
La Beata Josefa de Santa Inés era incansable: asistía a las enfermas y trataba de aliviarlas en toda clase de dolencias. Cuanto más grave y repugnante era la enfermedad más llena y con mayor amor se entregaba a ella.

El Señor le concedió sobre todo gracias especiales para con las que recibían el Viático ya que era ella quien les comunicaba los días que les quedaban de vida y les animaba a una mayor entrega sin reservas al Señor para el trascendental paso que iban a dar.

Cuando encontraba a algunas que hablaban de otra solía decirles con gran cariño:

—«Hijitas, dejad esta materia y pensad en lo que querréis encontraros haber hecho en la hora de la muerte.»

La caridad de la Beata Madre no se limitaba con sus propias religiosas sino que consta que asistió en muchas ocasiones a los de fuera del Monasterio cuando acudían a su ayuda. Ella, milagrosamente, acudía a su lecho si sufría o en cualquier otra necesidad que la reclamaban.



«YO TE ENSEÑARE A REZAR»

La niña Josefa-Teresa no frecuentó las escuelas y tampoco le dieron la oportunidad en su casa o en casa de su tío.

Ella era completamente analfabeta. Tan solo conocía como ella decía, con gracia:

—«... una letra, la cual era redondita, pero que no sabía cómo se llamaba» (era la O).

Como ya hemos dicho la joven Josefa entró en el convento con el propósito de ser toda su vida Hermana Lega, es decir de las Hermanas que servían a las demás, que nunca desempeñaban cargos relevantes en la Comunidad, que ocupaban siempre el último lugar, que nunca rezaban el Breviario u Oficio Divino en el coro, porque había que leer y ellas no solían saber hacerlo.

Cierto día, estando nuestra Beata Inés ocupada en hacer faenas de la huerta, se le apareció el Señor, y le dijo:

—«Inés, ¿por qué no vas a rezar al coro?»

—Señor —contestó ella— ¿por qué voy a ir a rezar al Coro si no se rezar el Oficio?»

—«Pues no te preocupes —le contestó el Señor— ven conmigo al coro y yo te enseñaré a rezar.»

Obedeció Inés, marchó al coro y causó una enorme sorpresa a todas las religiosas pues la vieron cantar y rezar como todas el Oficio a pesar de que no sabía leer.

Cuando abandonaba el coro ya no sabía leer y sin embargo en el coro lo hacía con gran primor.

Durante el rezo ella tenía en el breviario una bella estampita del Ecce-Homo al cual dirigía como en éxtasis su mirada mientras el rezo y era El el que le ayudaba a saber leer en latín cuanto sus demás Hermanas leían también.

Ante esta maravilla y ante otras que el Señor obraba por su medio las religiosas de la Comunidad solicitaron del Señor Arzobispo el paso de Hermana Lega a Religiosa de Coro de la Hermana Inés.



«SEÑOR, CUIDADO, NO OS VAYAIS A AHOGAR»

Junto con la caridad seguramente que la humildad y sencillez fue otra de las virtudes que en mayor grado poseyó y ejercitó nuestra Beata Madre Inés.

Toda su vida se sintió tan poquita cosa y tan indigna de ser tenida en nada que se maravillaba cómo las demás religiosas, todas tan bien dotadas y santas, se atrevían a dirigirle la palabra, a ella, tan poca cosa y pecadora.

Cierto día para bromear con ella, al caérsele la llave de la despensa a un pozo del convento, una Hermana le dijo:

—«Hermana Inés, tome un hilo y un ganchito, lo echa al pozo y ya verá como coge la llave.»

Así lo hizo nuestra Beata con toda sencillez mientras las demás Hermanas sonreían su candidez. Pero Hermana Inés dijo con gran cariño mientras arrojaba el ganchito con el hilo al pozo:

—«¡Eh, Señor, alertai. Cuidado, que os vais a ahogar».

Y en el mismo momento, tiró del hilo y salió la llave enganchada, cosa que parecía del todo imposible.

Ante aquel asombro dijo ella con toda sencillez:

—«Al echar el hilo al pozo ví que el niño Jesús se arrojaba al pozo con su traje bellísimo a recoger la llave y agarrarla en el ganchillo... Por ello le dije que tuviera cuidado de ahogarse... Y salió con el traje seco, sin habérselo mojado...»

Corría por varias partes la noticia de los prodigios que por su medio obraba el Señor... y venían a verle con gran frecuencia ilustres personajes: Arzobispos, Canónigos, Duques, ilustres Magistrados, etc... ella se ruborizaba ante ellos cuando la M. Priora le obligaba a salir al locutorio y ante las preguntas que le hacían solía responder:

—«Yo no merezco nada, porque soy un puñado de tierra y un vil gusano y no tengo habilidad alguna.»

Y en otras ocasiones, añadía:

—«Tengo gran miedo a que el Señor me envíe al infierno porque son muchos los beneficios que de El he recibido y no he sabido corresponderle como se merece.»



«EL AMOR NO TIENE LEY»

Nuestra Beata Madre Inés era un alma de profunda vida interior y de oración continuada. Para ella no había distinción entre el día y la noche ya que casi todo el día y la noche los pasaba en éxtasis y entregada a la más alta unión con Dios.

Todas sus Hermanas de hábito depusieron, y sus confesores también, cómo llegaron a llamarla la «dormilona», porque ella misma así se apellidaba; y a lo que ella llamaba «sueño» era un «éxtasis» según la literatura de los místicos.

Antes de ser Religiosa de Coro rezaba los 104 Pater noster que mandaban sus Constituciones. Después los siguió rezando también además del Oficio Divino propio de las Coristas. Cada día hacía el Vía Crucis y varias horas de oración mental además de otras varias devociones.

Todo el día vivió sumergida en la presencia de Dios y jamás por más que vinieran visitas, que hiciera trabajos en la huerta o en la granja, etc... no lograban hacerle salir de su endiosamiento y vida interior. Verdaderamente había muerto para el mundo y el mundo para ella.

Una hermana declaró en los Procesos que Hermana Inés solía decir:

—«¿Cómo podrá haber uno sólo que no ame a Dios?. ¿Quién tendrá valor para ofender a un Dios que por nosotros padeció muerte de Cruz?...»

Aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían para recomendar a las Hermanas la presencia de Dios y la entrega a la oración. Solía decirles:

—«Hermanas, pongamos atención a lo que estamos haciendo, porque el Señor nos mira y nos está viendo en cada momento.»

Otras veces les animaba a saberse aprovechar de las obras de la naturaleza para amar más al Señor:

—«No sé cómo puede haber quien ame las cosas de la tierra, a vista de las hermosuras del cielo... Si es bonita la tierra ¿qué serán las maravillas del cielo?»



«SOLO DESEO SERVIR Y AMAR AL SEÑOR»

Ya desde niña esto era lo único que le importaba a nuestra Beata: Servir y amar al Señor... Lo demás, como ya decía San Pablo, era para ella «como basura...»

Así contestó cuando en cierta ocasión vino un Inquisidor a visitar al Convento y después de explicarle lo que ella entendía del Misterio de la Santísima Trinidad del que era muy devota, el sabio Inquisidor quedó profundamente impresionado y quiso ver a la Madre Inés. Ella, sin más preámbulos, le soltó a bocajarro:

—«Yo no tengo miedo a la Inquisición ni a los inquisidores porque yo no sé nada de nada. Lo único que sé es barrer, cavar la huerta, limpiar y obedecer y sólo deseo servir y amar al Señor.»

Grandísima fue la devoción que sentía hacia el Sacramento del Altar. Pasaba horas y horas ante él y cada vez que oía la campana de alzar a Dios se ponía de rodillas en dirección hacia aquella parte de donde venía el sonido.

Todas las religiosas quedaban admiradas y profundamente impresionadas al verla con aquella postura angelical ante Jesús Eucaristía.

Para el Jueves Santo pasaba todo el tiempo de rodillas mientras Jesús estaba reservado en el monumento

Cuando pronunciaba las palabras: «*Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar*», lo hacía de tal forma que impresionaba a cuantos la oían.

Era devotísima también de la Pasión del Señor, pero ésta subió de grado desde el día en que se le apareció clavado en la Cruz y desclavando uno de sus brazos la abrazó como a queridísima esposa, a la vez que le dijo:

—«Ayúdame, Inés, a llevar la cruz, que necesito de almas que me sigan con fidelidad y amor». Por ello solía repetir:

—«No comprendo cómo los cristianos pueden vivir sin meditar en la Pasión del Señor, de la cual se saca un verdadero dolor de los pecados y un gran amor hacia Dios, que con tanta misericordia y con el precio de su sangre nos ha redimiendo...»



EL VOTO HEROICO

Sabemos que después de la muerte y el juicio normalmente todas las almas que mueren en gracia de Dios deberán pasar cierto tiempo por el Purgatorio para purificar sus almas antes del gran don de poder ver a Dios...

En la historia de la Iglesia ha habido santos que fueron muy devotos de las benditas almas del Purgatorio pero no conocemos a ninguno de ellos que lo fuera tanto como nuestra Beata Madre Inés...

Ella cuanto hacía lo ofrecía para aquellas pobres almas que allí se estaban purificando. Solía decir mientras trabajaba:

—«Este cazo..., esta escoba..., esta azada... es para que el Señor saque del Purgatorio el alma que más lo necesite...»

En otras ocasiones, sobre todo cuando moría alguna religiosa de la Comunidad o algún conocido que le habían encomendado... acudía al Señor y dialogaba con El diciendo:

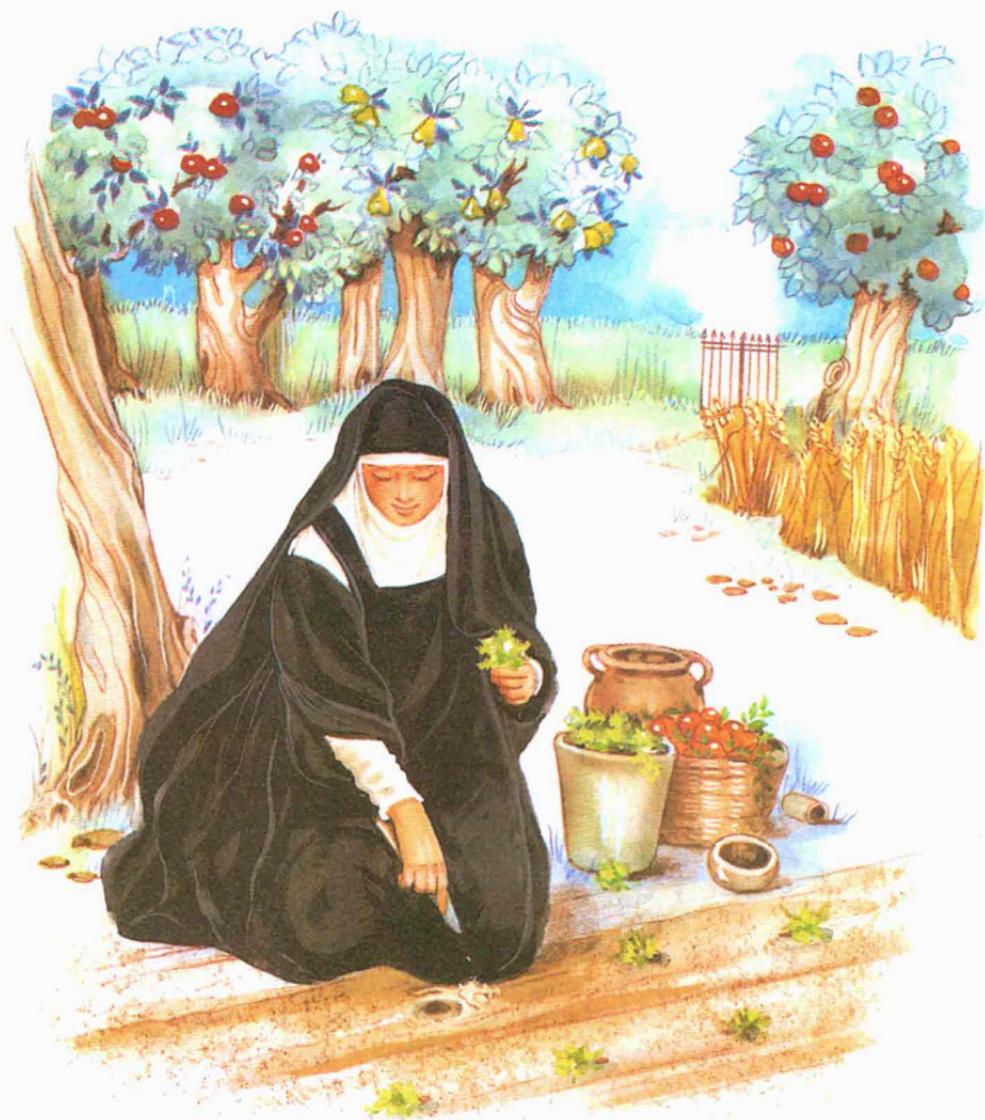
—«Señor, mira que esta alma debe salir cuanto antes de este lugar de expiación. Cuanto debía padecer ella, haz que lo padezca yo. Carga sobre mis espaldas los tormentos que debe sufrir ella... y sácala de este suplicio y llévala al cielo...»

Su confesor, D. Jaime Albert, depuso en los Procesos de Beatificación de nuestra Beata Madre:

—«Nuestro Señor había hecho saber a Sor Josefa cómo era su divina voluntad, que abrigase en su corazón, una gran caridad hacia las benditas almas del Purgatorio, a las cuales debía socorrer como si fuesen sus Hijitas, porque a ella le habían constituido como madre de las mismas.

Mediante esta revelación se aplicaba con buenísima voluntad a cuantos ejercicios podía y le eran permitidos con el fin de socorrer, disminuir las penas y salvar de las cárceles de purificación a muchas almas, sus Hijitas, como las llamaba...

A este voto de hacerlo todo por ellas, por las almas del Purgatorio, se llama «voto heroico» y Madre Inés lo hizo desde que ingresó en el convento de MM. Agustinas.



HUERTO DE VIRTUDES

Todas las virtudes del jardín de la vida cristiana florecieron en su huerto, en el de su corazón, sencillo y amante.

Ya hemos recordado varias en cuanto precede, pero vale la pena añadamos algunas más para tratar de copiar sus ejemplos:

Trabajo: Ella conocía que el Señor había creado al hombre para trabajar y mediante el trabajo cooperar al embellecimiento del mundo. Ella estaba siempre trabajando menos cuando estaba en el rezo y el poco tiempo que dedicaba al descanso nocturno. Era la admiración de todas las Hermanas. Solía decir:

—«Demos gracias al Señor porque podemos trabajar en su Casa, porque ni esto, en verdad, merecemos.»

Prudencia: Poseyó en grado sumo esta virtud cardinal y lo prueba la cantidad de ilustres personalidades que acudían al convento de las Agustinas Descalzas de Benigánim para recibir consejos de aquella pobre Hermana que apenas sabía hablar y ni siquiera leer. Las mismas Hermanas de su Comunidad acudían a ella en busca de consejo y dirección en todos sus asuntos.

Justicia: Era un espejo de esta virtud, sobre todo del fiel cumplimiento de las Reglas y Constituciones. Ante ella nadie podía cometer la mínima falta de justicia. Solía decir a las Monjas:

—«¿Qué querremos haber hecho a la hora de nuestra muerte?. ¿Por qué no hacerlo ahora?»

Fortaleza: Las Hermanas que depusieron en el Proceso de la Beata afirmaron que siempre fue heroica su fortaleza en los muchos dolores que sufrió y ante toda clase de tentaciones. Jamás nadie descubrió en ella afecto particular hacia alguna criatura. Era toda para todos.

Templanza: En los procesos de su Beatificación abundan los testimonios de las que afirman que jamás se excedió en el comer o beber. Que parecía un milagro cómo podía pasar con tan poco alimento.



CARISMAS SOBRENATURALES

Muchas maravillas obra el Señor en sus elegidos, pero pocas biografías conocemos que hayan sido tan favorecidas por Dios en este campo de gracias o carismas sobrenaturales como nuestra Beata Inés...

Toda su vida fue, podemos afirmar, sin exagerar, un *carisma continuado*.

He aquí algunos:

–No sabía leer y mientras rezaba lo hacía maravillosamente, hasta en latín.

–Interpretaba los sucesos que debían acontecer aún muchos años después y todo se cumplía siempre tal como ella lo había anunciado.

–Asistía a los moribundos que la invocaban tanto de dentro como fuera del Monasterio.

–No había estudiado y hablaba de temas de teología y misterios de la fe mejor que el más docto en teología.

–Dialogaba con los ángeles y los santos como si fueran sus compañeros y ellos mismos le ayudaban en todas las faenas que le encomendaba la obediencia. Los veía, hablaba, actuaba como si fuera una cosa normal.

–Obraba muchos milagros que nadie podía interpretarlos de otra manera que por ayuda de lo alto: Hacía trabajos imposibles de realizar ni por diez personas. Plantó un naranjo al revés y fructificó y dio durante muchos años abundante fruto, y aún ahora sigue dando fruto. Multiplicaba los alimentos o los hacía aparecer cuando no existían...

–Se aparecía fuera del Monasterio en diversas formas con tal fuera para ayudar en las dificultades. Así p.e. a aquellos dos padres carmelitas que venían a Benigánim a predicar de Santa Teresa desde su convento de Enguera y se perdieron en una noche tenebrosa. Ella se les apareció en forma de pastorcillo y les señaló el camino, guiándolos por delante hasta el convento... Mientras esto sucedía ella misma lo contaba a sus hermanas de Benigánim. Después se vio que la hora y las circunstancias coincidían...

EL ULTIMO EXTASIS

Muchos había tenido a lo largo de toda su vida... Pero el último fue este: Se le apareció la Virgen María acompañada de San José, Santa Inés y Santa Ursula en compañía de todas las religiosas de aquel convento que ya habían muerto en el Señor... Y después de consolarla la animaron a dejar todas las cosas de este mundo... La bendijeron y anunciaron el día de su partida... Al despedirse aquella maravillosa visión quedó una fragancia exquisita en todo el Convento como jamás habían notado ninguna monja...

Llena de alegría nuestra Beata se dirigió a las Monjas, y les dijo:

—«Hermanitas, traedme pronto a mi Esposo, porque ya me marchó. Hacedlo inmediatamente porque me voy.»

Inés esperaba con ansias este día y así lo proclamaba a sus Hermanas. Radiante de alegría pasaba el día cantando:

—«Inés, Inés: Toda del Cordero es..»

Casi no se sabe de qué murió la Beata Inés, pues le sobrevino una rara enfermedad que en pocos días la debilitó tanto que las Hermanas temieron por su vida y llamaron al médico y al Confesor. Ella les dijo que llegaba su hora, que no se preocuparan por ella pues estaría siempre con ellas desde el cielo...

Era el 21 de enero de 1696, fiesta de la mártir Santa Inés, una de sus más queridas abogadas... Recibió los sacramentos de penitencia, eucaristía y unción de enfermos. Estaba radiante de alegría. Despedía paz y su rostro resplandecía como un sol.

Las Monjas lloraban su partida pero ella las consolaba con palabras ardientes de amor hacia Dios y hacia ellas mismas.

Mientras recibió esos Sacramentos dejó profundamente admiradas a las Monjas por los actos de humildad, sencillez y amor ardiente hacia su Esposo Jesucristo.